



V. S. Naipaul

*Una casa para
el señor Biswas*

El señor Biswas, nació marcado por la mala suerte endémica que parece transmitirse de padres a hijos entre estos colonos hindúes que pueblan las barracas de Trinidad. El señor Biswas tuerce y retuerce los andares de su propia historia en pos de un destino que se desliza constantemente de entre sus dedos. Sólo atrincherado en su casa maltrecha e incómoda podrá disfruta de un postrero instante de gloria.

Para este libro, escrito entre 1957 y 1960

Una dedicatoria a título póstumo

P. A. N.

Gloucester, 31 de julio de 1932

Salterton, 3 de febrero de 1996

Prólogo

Diez semanas antes de morir, el señor Mohun Biswas, periodista de Sikkim Street, St. James, Puerto España, fue despedido. Llevaba enfermo una temporada. En menos de un año había pasado más de nueve semanas en el Hospital Colonial y convaleciendo en casa incluso más tiempo. Cuando el médico le recomendó reposo absoluto, a *The Trinidad Sentinel* no le quedó otra alternativa. Avisó al señor Biswas con tres meses de antelación y, hasta el día de su muerte, continuó enviándole un ejemplar gratis del periódico todas las mañanas.

El señor Biswas tenía cuarenta y seis años, y cuatro hijos. No tenía dinero. Su mujer, Shama, tampoco tenía dinero. Por la casa de Sikkim Street, el señor Biswas debía, desde hacía cuatro años, tres mil dólares. Los intereses, al 8%, se elevaban a veinte dólares al mes; el arrendamiento de la tierra a diez dólares. Dos de sus hijos iban al colegio. Los dos mayores, que podrían haberle mantenido, estaban estudiando en el extranjero con becas.

Al señor Biswas le producía cierta satisfacción que, en tales circunstancias, Shama no fuera corriendo a casa de su madre en busca de ayuda. Diez años antes, ésa habría sido su primera idea. En aquellos momentos intentaba consolar al señor Biswas, y hacía planes ella sola.

—Patatas —dijo un día—. Podemos empezar a vender patatas. Por aquí andan a ocho centavos el kilo. Si las compramos a cinco y las vendemos a siete...

—Como para fiarse de la mala sangre de los Tulsi —dijo el señor Biswas—. Sé que toda vuestra panda sois genios

de las finanzas. Pero echa un vistazo y cuenta cuántas personas venden patatas. Mejor será vender el coche.

—No. El coche, no. No te preocupes. Ya nos arreglaremos.

—Sí —dijo el señor Biswas con irritación—. Ya nos arreglaremos.

No se volvió a hablar de las patatas, y el señor Biswas no amenazó otra vez con vender el coche. Ya no quería hacer nada en contra de los deseos de su mujer. Había llegado a aceptar sus opiniones y a respetar su optimismo. Confiaba en ella. Desde que se habían mudado a la casa, Shama había aprendido una nueva lealtad, hacia él y hacia sus hijos; lejos de su madre y sus hermanas, era capaz de expresarla sin reparos, y para el señor Biswas, aquello suponía un triunfo casi tan grande como la adquisición de una casa en propiedad.

Consideraba la casa suya, aunque durante años había tenido una hipoteca irrecuperable. Y en el transcurso de aquellos meses de enfermedad y desesperación no dejó de sorprenderle la maravilla de estar en su propia casa, la audacia de semejante cosa: traspasar su propia puerta, impedirle la entrada a quien quisiera, cerrar sus puertas y ventanas todas las noches, no oír más ruidos que los de su familia, deambular libremente por las habitaciones y por el jardín, en lugar de estar condenado, como antes, a retirarse en el momento mismo en que llegaba a la habitación abarrotada en una u otra de las casas de la señora Tulsi, abarrotada con las hermanas de Shama, sus maridos, sus hijos. Cuando era niño se trasladó de una casa de desconocidos a otra, y desde su boda tenía la impresión de no haber vivido sino en las casas de los Tulsi, en la Casa Hanuman de Arwacas, en la destartalada casa de madera de Shorthills, en la desvencijada casa de hormigón de Puerto España. Y al fin se veía en su propia casa, en su media parcela, en su trocito de tierra. Que él fuera responsable de tales cosas le pareció, en aquellos últimos meses, algo prodigioso.

La casa podía verse desde una distancia de dos o tres calles, y en St. James la conocía todo el mundo. Era como una garita enorme, desmañada: alta, cuadrada, de dos pisos, con un tejado piramidal de chapa ondulada. La había proyectado y construido un pasante de notario que construía casas en su tiempo libre. El pasante tenía muchos contactos. Compró tierras que, según anunciaba el Ayuntamiento, no estaban a la venta; convenció a los propietarios de fincas para que dividieran las parcelas en mitades; compró parcelas de terreno pantanoso que no le interesaban prácticamente a nadie cerca de Mucurapo y obtuvo el permiso para construir en ellas. En las parcelas completas o de tres cuartas partes construyó casas de un solo piso, de seis por ocho metros, que podían pasar inadvertidas; en las medias parcelas construyó casas de dos pisos, de seis por cuatro metros, que saltaban a la vista. Todas sus casas se erigían a base de armazones de campamentos desmantelados del ejército norteamericano de Docksite, Pompeii Savannah y Fort Read. Los armazones no siempre se adaptaban a las casas, pero al pasante le permitían seguir con su pasatiempo con escasa ayuda profesional.

En el piso bajo de la casa de dos plantas del señor Biswas, el pasante había puesto una cocina minúscula en un rincón; el resto del espacio, en forma de L, servía de salón y comedor. Entre la cocina y el comedor había un vano de puerta, pero sin puerta. Arriba, justo encima de la cocina, el pasante había construido una habitación de hormigón que albergaba un retrete, un lavabo y una ducha; a causa de la ducha, aquella habitación estaba mojada continuamente. El resto del espacio en forma de L estaba dividido en un dormitorio, galería y otro dormitorio. Como la casa estaba orientada hacia el oeste y no tenía protección contra el sol, por la tarde sólo dos habitaciones eran cómodamente habi-

tables: la cocina, abajo, y el baño y el retrete húmedos arriba.

En los planos originales, el pasante parecía haber olvidado la necesidad de una escalera que uniese los dos pisos, y daba la impresión de que lo que acabó por erigir se le ocurrió a última hora. Se hicieron aberturas en la pared oriental y una rudimentaria escalera de madera —gruesos tablones entre un desigual armazón con la barandilla sin pintar, alabeada, todo ello cubierto por un techo inclinado de chapa ondulada— colgaba precariamente detrás de la casa, creando un fuerte contraste con el ladrillo punteado de blanco de la fachada principal, el enmaderado blanco y el cristal esmerilado de puertas y ventanas.

Por aquella casa, el señor Biswas había pagado cinco mil quinientos dólares.

El señor Biswas había construido dos casas por su cuenta y pasado mucho tiempo mirando casas. Sin embargo, carecía de experiencia. Las casas que había hecho eran burdas construcciones en medio del campo, no mucho mejores que cabañas. Y durante su búsqueda, siempre había pensado que las casas modernas y nuevas de hormigón, recién pintadas, estaban por encima de sus posibilidades, y solamente miró unas cuantas. Por eso, cuando se topó con una accesible, de fachada sólida, moderna, respetable, quedó inmediatamente deslumbrado. Nunca vio la casa cuando la luz del sol le caía de plano a mediodía. La primera vez fue un mediodía de lluvia, y la siguiente vez, cuando llevó a los niños, era por la tarde.

Por supuesto, podían comprarse casas por dos mil y tres mil dólares en una parcela entera, en zonas prometedoras de la ciudad; pero esas casas eran viejas y estaban deterioradas, sin cercas ni instalaciones de ninguna clase. Con frecuencia, en una sola parcela se aglomeraban dos o tres casas miserables, con cada habitación de cada casa alquilada a otra familia a la que legalmente no se podía echar. ¡Qué diferencia entre aquellos patios, abarrotados de pollos y ni-

ños, y el salón del pasante, que, sin chaqueta, sin corbata y en zapatillas, parecía relajado y cómodo en su sillón, mientras las gruesas cortinas rojas, que se reflejaban en el suelo encerado, daban al escenario el aspecto acogedor y suntuoso de un anuncio! ¡Qué diferencia con la casa de los Tulsis!

El pasante vivía en todas las casas que construía. Mientras vivía en la de Sikkim Street estaba construyendo otra a discreta distancia, en Morvant. No estaba casado, y vivía con su madre, viuda, una mujer amable que le ofreció al señor Biswas té y bizcochos que había hecho ella misma. Entre madre e hijo había gran afecto, y eso emocionó al señor Biswas, cuya madre, abandonada por él, había muerto hacía cinco años en medio de una gran pobreza.

—No puede imaginarse qué pena me da dejar esta casa—dijo el pasante, y el señor Biswas observó que aunque hablaba en dialecto, saltaba a la vista que era culto y que se valía del dialecto y del acento exagerado sólo para expresar franqueza y cordialidad—. En realidad es por mi madre, ¿entiende? Ésa es la única razón que tengo para mudarme. La viejecilla no puede con la escalera. —Señaló con la cabeza hacia la parte trasera de la casa, donde la escalera quedaba oculta por las gruesas cortinas rojas—. El corazón, ¿sabe usted? Podría quedarse cualquier día.

Shama estaba en contra desde el principio y jamás fue a ver la casa. Cuando el señor Biswas le preguntó: «Bueno, ¿qué piensas?», Shama dijo: «¿Pensar? ¿Quién, yo? ¿Desde cuándo piensas que yo puedo pensar nada? Si no valgo lo suficiente como para ir a ver tu casa, no veo cómo puedo valer lo suficiente como para decir lo que pienso».

—¡Vaya! —dijo el señor Biswas—. Ya estamos. Toda ofendida ella. Te apuesto lo que quieras a que dirías algo distinto si fuera tu madre la que se estuviera gastando un poco de su asqueroso dinero en comprar esta casa.

Shama suspiró.

—¿No? Sólo serías feliz si siguiéramos viviendo con tu madre y el resto de tu enorme familia, tan felices ellos. ¿Eh?

—Yo no pienso nada. Tú tienes el dinero, tú quieres comprar una casa y yo no tengo que pensar nada.

La noticia de que el señor Biswas andaba en tratos para comprar una casa ya había llegado a la familia de Shama. Suniti, una sobrina de veintisiete años, casada, con dos hijos, y abandonada durante largas temporadas por su marido, un apuesto holgazán que se encargaba de las instalaciones del ferrocarril del apeadero de Pokima, donde los trenes paraban dos veces al día, Suniti le dijo a Shama:

—Me he enterado de que eres muy importante, tía. — No ocultó su regocijo—. ¡Conque comprando casa y todo!

—Sí, hija —dijo Shama, en su tono de mártir.

La conversación tuvo lugar en la escalera de atrás y llegó a oídos del señor Biswas, que estaba tumbado, en calzoncillos y camiseta, en la cama doble de la habitación que albergaba la mayor parte de las cosas que había acumulado tras cuarenta y un años. Él había librado una guerra contra Suniti desde que era niña, pero su desprecio nunca había logrado sofocar los sarcasmos de ella.

—¡Shama! —gritó—. Dile a esa chica que vaya a ayudar a ese inútil que tiene por marido a cuidar las cabras del apeadero de Pokima.

Lo de las cabras era una invención del señor Biswas que nunca dejaba de irritar a Suniti.

—¡Cabras! —gritó hacia el patio, y chasqueó la lengua contra los dientes—. Bueno, algunos por lo menos tienen cabras. No como otros.

—¡Bah! —dijo el señor Biswas en voz baja y, negándose a iniciar una discusión con Suniti, se puso de costado y siguió leyendo las *Meditaciones* de Marco Aurelio.

El mismo día en que compraron la casa empezaron a verle defectos. La escalera era peligrosa; no había puerta trasera; el piso de arriba estaba combado; la mayoría de las ventanas no podían cerrarse; una de las puertas no se abría; los paneles de celotex bajo los aleros se habían desprendido, dejando huecos por entre los que los murciélagos podían entrar a la buhardilla. Hablaron de estas cosas con la mayor calma posible y se cuidaron de no expresar abiertamente su decepción. Y resultaba asombrosa la rapidez con que se disipó aquella decepción, la rapidez con que se acostumbraron a todas y cada una de las peculiaridades e incomodidades de la casa. Y una vez que eso hubo ocurrido, su mirada dejó de ser crítica, y su casa pasó a ser sencillamente su casa.

La primera vez que el señor Biswas volvió del hospital, vio que habían preparado la casa para él. Habían arreglado el pequeño jardín y pintado al temple las paredes del piso de abajo. El automóvil Prefect estaba en el garaje, adonde lo había llevado hacía varias semanas un amigo, tras sacarlo de la redacción de *The Sentinel*. El hospital había supuesto un vacío. De eso pasó a un mundo acogedor, un mundo ya hecho. No podía creer que él hubiera hecho aquel mundo. No entendía por qué podía ocupar un lugar en él. Y todo lo que le rodeaba fue examinado y redescubierto, con placer, sorpresa, incredulidad. Todas y cada una de las relaciones, todas y cada una de las cosas.

La fresquera. Tenía más de veinte años. La compró poco después de su boda, blanca y nueva, al carpintero de Arwacas, con la rejilla sin pintar, la madera aún fragante; entonces, y durante bastante tiempo, el serrín se pegaba a las manos cuando se pasaban por los estantes. ¡Cuántas veces la había decolorado y barnizado! Y también pintado. Algunas partes de la rejilla estaban tapadas, y la pintura y el barniz habían formado una gruesa capa desigual sobre la ma-

dera. ¡Y de cuántos colores la había pintado! Azul, verde e incluso negro. En 1938, la semana en la que murió el Papa y *The Sentinel* apareció con una orla negra, encontró un bote grande de pintura amarilla y lo pintó todo de amarillo, incluso la máquina de escribir. La había adquirido cuando, a los treinta y tres años de edad, decidió hacerse rico escribiendo para revistas norteamericanas e inglesas: una época breve, feliz, esperanzada. La máquina de escribir permaneció ociosa y amarilla, y hacía tiempo que su color había dejado de llamar la atención. ¿Y por qué, salvo porque se había trasladado a todos lados con ellos y lo consideraban uno de sus efectos personales, habían guardado el perchero, el cristal ya cubierto de lepra, la mayoría de los ganchos rotos, la madera fea de tantas capas de pintura? La estantería la había hecho en Shorthills un herrero sin trabajo a quien contrataron los Tulsi como ebanista; mostró la habilidad de su primer oficio en todas y cada una de las piezas que confeccionó, en cada ensambladura que montó, en cada adorno que intentó hacer. Y la mesa: comprada a bajo precio a un Indigente de Mérito que había obtenido cierta cantidad de dinero del Fondo para los Indigentes de Mérito de *The Sentinel* y que deseaba mostrar su agradecimiento al señor Biswas. Y la cama doble, donde ya no podía dormir porque estaba en el piso de arriba y le habían prohibido que subiera escaleras. Y el armario con vitrina: comprado para complacer a Shama, todavía elegante, todavía prácticamente vacío. Y el tresillo: la última adquisición, que el pasante le había regalado. Y fuera, en el garaje, el Prefect.

Pero más grande que todo eso era la casa, su casa.

¡Qué terrible hubiera sido, en aquellos momentos, no tenerla, haber muerto entre los Tulsi, en medio de la miseria de aquella familia enorme, indiferente, que se desintegraba; haber dejado a Shama y a los hijos entre ellos, en una sola habitación, o aun peor: haber vivido sin siquiera

haber intentado reclamar su parte de la tierra, haber vivido y muerto como había nacido, innecesario y desposeído!

PRIMERA PARTE

I

Pastoral

Poco antes de que naciera el señor Biswas, hubo otra pelea entre su madre, Bipti, y su padre, Raghu, y Bipti se llevó a los tres hijos, andando bajo el ardiente sol hasta el pueblo en el que vivía su madre, Bissoondaye. Allí, Bipti lloró y contó la vieja historia de la tacañería de Raghu: que controlaba cada centavo que le daba, que contaba cada galleta de la lata, y que era capaz de caminar quince kilómetros con tal de no pagar un penique por un carro.

El padre de Bipti, incapacitado por el asma, se incorporó en la hamaca y dijo, como hacía siempre en los momentos de desgracia: «El Destino. No se puede hacer nada».

Nadie le prestó la menor atención. El Destino le había llevado de la India a la plantación de caña, le había avejentado rápidamente y le había dejado que muriese en una choza de barro a punto de desmoronarse en medio de los pantanos; sin embargo, hablaba del Destino con frecuencia y con afecto, como si, por el simple hecho de sobrevivir, fuera especialmente afortunado.

Mientras el anciano seguía hablando, Bissoondaye llamó a la comadrona, preparó comida para los hijos de Bipti y les hizo la cama. Cuando llegó la comadrona, los niños estaban dormidos. Al cabo de un rato les despertaron los chillidos del señor Biswas y los alaridos de la comadrona.

—¿Qué es? —preguntó el anciano—. ¿Niño o niña?

—¡Niño, niño! —exclamó la comadrona—. ¿Pero qué niño es éste? Con seis dedos y nacido al revés.

El anciano gimió y Bissoondaye dijo:

—Lo sabía. No tengo suerte.

Inmediatamente, a pesar de que era de noche y el camino estaba solitario, salió de la choza y se dirigió al pueblo más próximo, donde había un seto de cactus. Volvió con hojas de cactus, las cortó en tiras y colgó una tira sobre cada puerta, cada ventana, cada abertura por la que pudiese entrar un mal espíritu a la choza.

Pero la comadrona dijo:

—Hagáis lo que hagáis, este niño devorará a su madre y a su padre.

A la mañana siguiente, cuando, a la brillante luz, daba la impresión de que todos los malos espíritus habían abandonado la tierra, llegó el pandit, un hombre bajo, delgado, de rostro afilado y sarcástico y modales altaneros. Bissoondaye le acomodó en la hamaca, de la que habían echado al anciano, y le contó lo ocurrido.

—Huum. Conque nacido al revés. Y dices que a medianoche.

Bissoondaye no tenía forma de saber la hora, pero tanto la comadrona como ella estaban convencidas de que había sido a medianoche, la hora desfavorable.

Mientras Bissoondaye estaba sentada ante él, con la cabeza cubierta e inclinada, el pandit se animó de repente.

—Bueno, no importa. Siempre hay formas y maneras de superar estas desgracias.

Desató el hatillo rojo que llevaba y sacó el almanaque astrológico, un fajo de hojas sueltas, alargadas y estrechas, metidas entre tablas. Las hojas se habían puesto pardas con el tiempo, y su olor a humedad estaba mezclado con el de la pasta roja y ocre de sándalo que las había salpicado. El pandit levantó una hoja, leyó un poco, se mojó el índice con la lengua y levantó otra hoja. Por último, dijo: